

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum

Non praevalerunt

Edición para Panamá

Ciudad del Vaticano

21 de febrero de 2021



Misa del Miércoles
de Ceniza

Un viaje de regreso a Dios

Fue el cardinal arcipreste Angelo Comastri quien impuso las cenizas al Papa durante la misa celebrada la mañana del 17 de febrero, Miércoles de Ceniza, en el altar de la Cátedra de la basílica Vaticana. Francisco, después de haberlas bendecido y haberlas recibido las impuso a su vez en primer lugar a los cardenales concelebrantes —entre ellos, Giovanni Battista Re y Leonardo Sandri, decano y vicedecano del colegio cardenalicio, que después se acercaron al altar para la oración eucarística y el secretario de Estado, Pietro Parolin— y después a los ceremonieros pontificios y al diácono. Publicamos, a continuación, la homilía pronunciada por el Pontífice.

Iniciamos el camino de la cuaresma. Este se abre con las palabras del profeta Joel, que indican la dirección a seguir. Hay una invitación que nace del corazón de Dios, que con los brazos abiertos y los ojos llenos de nostalgia nos suplica: «Vuélvanse a mí de todo corazón» (Jl 2,12). Vuélvanse a mí. La cuaresma es un viaje de regreso a Dios. Cuántas veces, ocupados o indiferentes, le hemos dicho: “Señor, volveré a Ti después, espera... Hoy no puedo, pero mañana empezaré a rezar y a hacer algo por los demás”. Y así un día después de otro. Ahora Dios llama a nuestro corazón. En la vida tendremos siempre cosas que

SIGUE EN LA PÁGINA 7

El mensaje de Francisco para la Cuaresma 2021

Una mirada de esperanza en tiempos de fragilidad e incertidumbre

Contiene una mirada de esperanza en estos tiempos de fragilidad y de incertidumbre el mensaje del Papa para la Cuaresma, presentado el 12 de febrero durante una conferencia online por el cardenal Turkson y por monseñor Duffé, respectivamente prefecto y secretario del Dicasterio para el Servicio del desarrollo humano integral, que intervinieron desde la Oficina de prensa de la Santa Sede junto a Marcela Szymanski, de Ayuda a la Iglesia que sufre, en videoconferencia desde Bruselas, que a través de un dibujo de una niña de 11 años de Alepo ofreció un testimonio conmovedor sobre el drama del conflicto sirio. «Mirad, estamos subiendo a Jerusalén...» es el pasaje del Evangelio de Mateo (20, 18) que hace de hilo conductor al texto pontificio, que contiene una triple propuesta para vivir el tiempo cuaresmal como ocasión de renovación de la fe, de la esperanza y de la caridad. La primera, explica Francisco, «nos llama a acoger la Verdad y a ser testigos, ante Dios y ante nuestros hermanos y hermanas»; la segunda es «agua viva» que «nos permite continuar nuestro camino»; la tercera «vívada tras las huellas de Cristo, mostrando atención y compasión por cada persona, es la expresión más alta» de las dos primeras.

«Mirad, estamos subiendo a Jerusalén...» (Mt 20, 18).
Cuaresma: un tiempo para renovar la fe, la esperanza y la caridad.

Queridos hermanos y hermanas:

Cuando Jesús anuncia a sus discípulos su pasión, muerte y resurrección, para cumplir con la voluntad del Padre, les revela el sentido profundo de su misión y los exhorta a asociarse a ella,

para la salvación del mundo. Recorriendo el camino cuaresmal, que nos conducirá a las celebraciones pascuales, recordemos a Aquel que «se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz» (Flp 2, 8). En este tiempo de conversión renovemos nuestra fe, saciemos nuestra sed con el «agua viva» de la esperanza y recibamos con el corazón abierto el amor de Dios que nos convierte en hermanos y hermanas en Cristo. En la noche de Pascua renovaremos las promesas de nuestro Bautismo, para renacer como hombres y mujeres nuevos, gracias a la obra del Espíritu Santo. Sin embargo, el itinerario de la Cuaresma, al igual que todo el camino cristiano, ya está bajo la luz de la Resurrección, que anima los sentimientos, las actitudes y las decisiones de quien desea seguir a

Cristo.

El ayuno, la oración y la limosna, tal como los presenta Jesús en su predicación (cf. Mt 6, 1-18), son las condiciones y la expresión de nuestra conversión. La vía de la pobreza y de la privación (el ayuno), la mirada y los gestos de amor hacia el hombre herido (la limosna) y el

hermanas.

En este tiempo de Cuaresma, acoger y vivir la Verdad que se manifestó en Cristo significa ante todo dejarse alcanzar por la Palabra de Dios

En este tiempo de Cuaresma, acoger y vivir la Verdad que se manifestó en Cristo significa ante todo dejarse alcanzar por la Palabra de Dios

diálogo filial con el Padre (la oración) nos permiten encarnar una fe sincera, una esperanza viva y una caridad operante.

1. La fe nos llama a acoger la Verdad y a ser testigos, ante Dios y ante nuestros hermanos y

hermanas, superiores o ilustres, sino que es un mensaje que recibimos y podemos comprender gracias a la inteligencia del corazón, abierto a la grandeza de Dios que nos ama antes de que nosotros mismos seamos conscientes de ello. Esta Verdad es

Cristo mismo que, asumiendo plenamente nuestra humanidad, se hizo Camino —exigente pero abierto a todos— que lleva a la plenitud de la Vida. El ayuno vivido como experiencia de privación, para quienes lo viven con sencillez de corazón lleva a descubrir de nuevo el don de Dios y a comprender nuestra realidad de criaturas que, a su imagen y semejanza, encuentran en Él su cumplimiento. Haciendo la experiencia de una pobreza aceptada, quien ayuna se hace pobre con los pobres y «acumula» la riqueza del amor recibido y compartido. Así entendido y puesto en práctica, el ayuno contribuye a amar a Dios y al prójimo en cuanto, como nos enseña santo Tomás de Aquino, el amor es un movimiento que centra la atención en el otro considerándolo como uno consigo mismo (cf. Carta enc. *Fratelli tutti*, 93).

La Cuaresma es un tiempo para creer, es decir, para recibir a Dios en nuestra vida y permitir-



ANDREA MONDA
director

Silvia Pérez
jefe de la edición

L'OSSERVATORE
ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicuique suum Non procalebant

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.or@spc.va
www.osservatoreromano.va

Redacción
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma
teléfono 39 06 698 4581

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico
pubblicazioni.photo@spc.va

le “poner su morada” en nosotros (cf. *Jn* 14, 23). Ayunar significa liberar nuestra existencia de todo lo que estorba, incluso de la saturación de informaciones –verdaderas o falsas– y productos de consumo, para abrir las puertas de nuestro corazón a Aquel que viene a nosotros pobre de todo, pero «lleno de gracia y de verdad» (*Jn* 1, 14): el Hijo de Dios Salvador.

2. La esperanza como “agua viva” que nos permite continuar nuestro camino

La samaritana, a quien Jesús pide que le dé de beber junto al pozo, no comprende cuando Él le dice que podría ofrecerle un «agua viva» (*Jn* 4, 10). Al principio, naturalmente, ella piensa en el agua material, mientras que Jesús se refiere al Espíritu Santo, aquel que Él dará en abundancia en el Misterio pascual y que infunde en nosotros la esperanza que no defrauda. Al anunciar su pasión y muerte Jesús ya anuncia la esperanza, cuando dice: «Y al tercer día resucitará» (*Mt* 20, 19). Jesús nos habla del futuro que la misericordia del Padre ha abierto de par en par. Esperar con Él y gracias a Él quiere decir creer que la historia no termina con nuestros errores, nuestras violencias e injusticias, ni con el pecado que crucifica al Amor. Significa saciarnos del perdón del Padre en su Corazón abierto.

En el actual contexto de preocupación en el que vivimos y en el que todo parece frágil e incierto, hablar de esperanza podría parecer una provocación. El tiempo de Cuaresma está hecho para esperar, para volver a dirigir la mirada a la paciencia de Dios, que sigue cuidando de su Creación, mientras que nosotros a menudo la maltratamos (cf. Carta enc. *Laudato si'*, 32-33; 43-44). Es esperanza en la reconciliación, a la que san Pablo nos exhorta con pasión: «Os pedimos que os reconciliéis con

Dios» (2 *Co* 5, 20). Al recibir el perdón, en el Sacramento que está en el corazón de nuestro proceso de conversión, también nosotros nos convertimos en difusores del perdón: al haberlo acogido nosotros, podemos ofrecerlo, siendo capaces de vivir un diálogo atento y adoptando un comportamiento que conforte a quien se encuentra herido. El perdón de Dios, también mediante nuestras palabras y gestos, permite vivir una Pascua de fraternidad.

En la Cuaresma, estemos más atentos a «decir palabras de aliento, que reconfortan, que fortalecen, que consuelan, que estimulan», en lugar de «palabras que humillan, que entristecen, que irritan, que desprecian» (Carta enc. *Fratelli tutti* [FR], 223). A veces, para dar esperanza, es suficiente con ser «una persona amable, que deja a un lado sus ansiedades y urgencias para

por esto es fundamental recogerse en oración (cf. *Mt* 6, 6) y encontrar, en la intimidad, al Padre de la ternura.

Vivir una Cuaresma con esperanza significa sentir que, en Jesucristo, somos testigos del tiempo nuevo, en el que Dios “hace nuevas todas las cosas” (cf. *Ap* 21, 1-6). Significa recibir

El tiempo de Cuaresma está hecho para esperar, para volver a dirigir la mirada a la paciencia de Dios, que sigue cuidando de su Creación

la esperanza de Cristo que entrega su vida en la cruz y que Dios resucita al tercer día, “dispuestos siempre para dar explicación a todo el que nos pida una razón de nuestra esperanza” (cf. *1 P* 3, 15).

cesidad... La caridad es el impulso del corazón que nos hace salir de nosotros mismos y que suscita el vínculo de la cooperación y de la comunión.

«A partir del “amor social” es posible avanzar hacia una civilización del amor a la que todos podamos sentirnos convocados. La caridad, con su dinamismo

universal, puede construir un mundo nuevo, porque no es un sentimiento estéril, sino la mejor manera de lograr caminos eficaces de desarrollo para todos» (FR, 183).

La caridad es don que da sentido a nuestra vida y gracias a es-

17, 7-16); y con los panes que Jesús bendijo, partió y dio a los discípulos para que los distribuyeran entre la gente (cf. *Mc* 6, 30-44). Así sucede con nuestra limosna, ya sea grande o pequeña, si la damos con gozo y sencillez.

Vivir una Cuaresma de caridad quiere decir cuidar a quienes se encuentran en condiciones de sufrimiento, abandono o angustia a causa de la pandemia de Covid-19. En un contexto tan incierto sobre el futuro, recordemos la palabra que Dios dirige a su Siervo: «No temas, que te he redimido» (*Is* 43, 1), ofrezcamos con nuestra caridad una palabra de confianza, para que el otro sienta que Dios lo ama como a un hijo.

«Sólo con una mirada cuyo horizonte esté transformado por la caridad, que le lleva a percibir la dignidad del otro, los pobres son descubiertos y valorados en su inmensa dignidad, respetados en su estilo propio y en su cultura y, por lo tanto, verdaderamente integrados en la sociedad» (FR, 187).

Queridos hermanos y hermanas: Cada etapa de la vida es un tiempo para creer, esperar y amar. Este llamado a vivir la Cuaresma como camino de conversión y oración, y para compartir nuestros bienes, nos ayuda a reconsiderar, en nuestra memoria comunitaria y personal, la fe que viene de Cristo vivo, la esperanza animada por el soplo del Espíritu y el amor, cuya fuente inagotable es el corazón misericordioso del Padre.

Que María, Madre del Salvador, fiel al pie de la cruz y en el corazón de la Iglesia, nos sostenga con su presencia solícita, y la bendición de Cristo resucitado nos acompañe en el camino hacia la luz pascual.

Roma, San Juan de Letrán, 11 de noviembre de 2020, memoria de san Martín de Tours.

FRANCISCO



prestar atención, para regalar una sonrisa, para decir una palabra que estimule, para posibilitar un espacio de escucha en medio de tanta indiferencia» (*ibid.*, 224).

En el recogimiento y el silencio de la oración, se nos da la esperanza como inspiración y luz interior, que ilumina los desafíos y las decisiones de nuestra misión:

3. La caridad, vivida tras las huellas de Cristo, mostrando atención y compasión por cada persona, es la expresión más alta de nuestra fe y nuestra esperanza.

La caridad se alegra de ver que el otro crece. Por este motivo, sufre cuando el otro está angustiado: solo, enfermo, sin hogar, despreciado, en situación de ne-

te consideramos a quien se ve privado de lo necesario como un miembro de nuestra familia, amigo, hermano. Lo poco que tenemos, si lo compartimos con amor, no se acaba nunca, sino que se transforma en una reserva de vida y de felicidad. Así sucedió con la harina y el aceite de la viuda de Sarepta, que dio el pan al profeta Elías (cf. *1 R*

El llamamiento del Papa para que toda persona esclavizada vuelva a ser libre

Por una economía solidaria, justa y valiente

«Cada persona esclavizada vuelva a ser protagonista libre de su propia vida y parte activa en la construcción del bien común». Es el llamamiento lanzado por el Papa Francisco en el videomensaje con el que intervino, en la mañana del lunes 8 de febrero, en la maratón online de oración promovida por la asociación Tálitha Kum con ocasión de la 7ª Jornada mundial de reflexión contra la trata.

Queridas hermanas y queridos hermanos:

Me dirijo a todos vosotros que trabajáis contra la trata de personas y que hoy estáis espiritualmente unidos en este Día Mundial de Oración, que también tiene una intención específica: una "Economía sin trata". Me alegra saber que este año varios momentos de oración son interreligiosos, uno de ellos también en Asia.

Hago extensivo mi mensaje a todas las personas de buena voluntad que rezan, se comprometen, estudian y reflexionan para com-

batir la trata de personas; y sobre todo a quien —como Santa Bakhita, a la que celebramos hoy— han vivido el drama de la trata en su propia vida.

Este día es importante porque nos ayuda a todos a recordar este drama, y nos impulsa a no dejar de rezar y luchar juntos. Ojalá la reflexión y la toma de conciencia vayan siempre acompañadas de gestos concretos, que abran también vías de emancipación social. El objetivo, de hecho, es que cada persona esclavizada vuelva a ser protagonista libre de su propia vida y parte activa en la construcción del bien común.

Este es un Día de Oración. Sí, hace falta rezar para sostener a las víctimas de la trata y a las personas que acompañan los procesos de integración y reinserción social. Hace falta rezar para que aprendamos a acercarnos con humanidad y valentía a quien está marcado por tanto dolor y deses-

peración, manteniendo viva la esperanza. Rezar para ser centinelas capaces de discernir y tomar decisiones orientadas al bien. La oración toca el corazón e impulsa a acciones concretas, a acciones innovadoras y valientes que sepan correr riesgos, confiando en el poder de Dios (cf. *Mc 11,22-24*).

La memoria litúrgica de Santa Bakhita es un firme recordatorio de esta dimensión de la fe y la oración: ¡su testimonio resuena siempre vivo y relevante! Y es un llamamiento a situar a las víctimas de la trata, a sus familias y comunidades en el centro. Son ellas el centro de nuestra oración.



Santa Bakhita nos recuerda que ellas son las protagonistas de este día, y que todos nosotros estamos a su servicio (cf. *Lc 17, 10*).

Y ahora me gustaría compartir con vosotros algunas sugerencias

para la reflexión y la acción sobre el tema que habéis elegido: "Economía sin trata". Podéis encontrar otras sugerencias en el mensaje que dirigí a los participantes en el evento "Economy of Francesco" el pasado 21 de noviembre.

Una economía sin trata es:

1. Una economía de cuidado. El cuidado puede entenderse como cuidar de las personas y de la naturaleza, ofreciendo productos y servicios para el crecimiento del bien común. Una economía que cuide el trabajo, creando oportunidades de empleo que no exploten al trabajador mediante condiciones laborales degradantes y horarios extenuantes. La pandemia de Covid ha exacerbado y empeorado las condiciones de explotación laboral; la pérdida de puestos de trabajo ha penalizado a tantas víctimas de la trata en el proceso de rehabilitación y reinserción social. «En estos momentos donde todo parece diluirse y perder consistencia, nos hace bien apelar a la solidez que surge de sabernos responsables de la

El Pontífice al Catholic News Service

Al servicio de la verdad de forma justa, fiel e informada

Los trabajadores de la comunicación deben servir a la verdad de forma «justa, fiel e informada»: citando el lema, el Papa Francisco encomendó este mandato a una delegación del Catholic News Service de la Conferencia episcopal de Estados Unidos de América, recibida en audiencia el lunes por la mañana, 1 de febrero, con ocasión del centenario de su fundación. A continuación el texto del discurso entregado por el Pontífice.

Queridos amigos:

Me complace saludar a los representantes de tantos otros periodistas del Catholic News Service, con motivo del centenario de su institución.

A lo largo de estos cien años, el Catholic News Service ha aportado una contribución

inestimable al mundo de habla inglesa a través de la información sobre la misión de la Iglesia de anunciar el Evangelio y dar testimonio del amor de Dios revelado en Jesucristo.

En una época en la que las noticias pueden ser fácilmente manipuladas y la desinformación está muy extendida (cf. *Mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales 2021*), vosotros tratáis de dar a conocer la verdad de una manera que sea, en palabras de vuestro lema, "justa, fiel e informada".

Os doy las gracias por vuestro trabajo y os animo a seguir promoviendo el diálogo y la comunicación justa entre personas y comunidades.

Necesitamos medios de comunicación que ayuden a las personas, especialmente a los jóvenes, a distinguir el bien del mal, a elaborar juicios sólidos basados en una presentación clara e imparcial de los hechos, y a reconocer la importancia de trabajar por la justicia, la concordia social y el respeto a nuestra casa común. Que el espíritu de comunión con el Obispo de Roma, que siempre ha caracterizado al Catholic News Service, siga guiando vuestro compromiso de servir a la verdad con humildad y responsabilidad.

Os aseguro, al igual que a vuestros colegas mis oraciones; y os pido, por favor, que os acordéis de rezar por mí.

Gracias.

Francisco recuerda el “bautismo de sangre” de los 21 hombres asesinados en Libia en 2015

Los mártires coptos santos de todos los cristianos

fragilidad de los demás buscando un destino común» (Enc. *Fratelli tutti*, 115). Por lo tanto, una economía del cuidado significa una economía de la solidaridad: trabajamos por una solidez que se conjuga con la solidaridad. Estamos convencidos de que la solidaridad, bien administrada, da lugar a una construcción social más segura y firme (cf. *ibid.*).

2. Una economía sin trata es una economía con reglas de mercado que promueven la justicia y no los intereses particulares exclusivos. La trata de personas encuentra un terreno fértil en el enfoque del capitalismo neoliberal, en la desregulación de los mercados que apunta a maximizar las ganancias sin límites éticos, sin límites sociales, sin límites ambientales (cf. *ibid.*, 210). Si se sigue esta lógica, existe solamente el cálculo de ventajas y desventajas. Las decisiones no se toman en función de criterios éticos, sino en función de los intereses dominantes, a menudo hábilmente revestidos de una apariencia humanitaria o ecológica. Las decisiones no se toman mirando a las personas: las personas son uno de los números, también para explotar.

3. Por todo ello, una economía sin trata es una economía valiente: hace falta valor. No en el sentido de temeridad, de operaciones arriesgadas en busca de ganancias fáciles. No, no en ese sentido; por supuesto que no es ese valor el que se necesita. Al contrario, es el valor de la construcción paciente, de la planificación que no mira siempre y sólo a la ventaja a muy corto plazo, sino a los frutos a medio y largo plazo y, sobre todo, a las personas. El valor de conjugar el beneficio legítimo con el fomento del empleo y las condiciones de trabajo dignas. En tiempos de fuerte crisis, como la actual, este valor es aún más necesario. En la crisis, la trata proliferará, lo sabemos todos: lo vemos todos los días. En la crisis, la trata prolifera; es necesario, pues, reforzar una economía que responda a la crisis de una manera que no sea miope, sino duradera y sólida.

Queridas hermanas y hermanos, llevemos todo esto a nuestra oración, especialmente hoy, por la intercesión de Santa Bakhita. Rezo por vosotros, y todos juntos rezamos por cada persona que es víctima de la trata en estos momentos. Y vosotros, por favor, no os olvidéis de rezar por mí. Gracias.

Con su martirio, los veintinueve coptos asesinados en las costas libias el 15 de febrero de 2015 recibieron un «bautismo de sangre» y por eso «son nuestros santos, santos de todos los cristianos». Lo dijo el Papa Francisco en un mensaje de vídeo enviado a los participantes de un evento online organizado por las diócesis copto-ortodoxa de Londres con ocasión de la Jornada de los mártires contemporáneos. En el webinar, que se llevó a cabo el día del sexto aniversario de la masacre perpetrada por el ISIS, participaron, entre otros, el Patriarca de la Iglesia copto-ortodoxa, Papa Tawadros ii; el primado de la Comunión anglicana, Justin Welby, arzobispo de Canterbury; el cardenal Kurt Koch, presidente del Pontificio Consejo para la promoción de la unidad de los cristianos; y representantes de otras Iglesias.

Es el día de hoy que llevo en mi corazón, aquel febrero de 2015. Llevo en mi corazón aquel bautismo de sangre, estos veintinueve hombres bautizados cristianos con el agua y el Espíritu, y aquel día bautizados también con la sangre. Son nuestros santos, los santos de todos los cristianos, los santos de todas las denominaciones y tradiciones cristianas. Son los que han blanqueado sus vidas en la sangre del Cordero, son aquellos... del pueblo de Dios, el pueblo fiel de Dios.

Fueron a trabajar al extranjero para mantener a sus familias: hombres corrientes, padres de familia, hombres con la ilusión [el deseo] de tener hijos; hombres con la dignidad de trabajadores, que no sólo buscan tener pan en casa, sino llevarlo a casa con la dignidad del trabajo.

Y esos hombres die-

ron testimonio de Jesucristo. Degollados por la brutalidad del ISIS, murieron diciendo: “¡Señor Jesús!”, confesando el nombre de Jesús. Es verdad que se trata de una tragedia, que estas personas dejaron su vida en la playa; pero también es cierto que la playa fue bendecida por su sangre. Pero es aún más cierto que de su sencillez, de su fe sencilla pero coherente recibieron el mayor regalo que un cristiano puede recibir: el testimonio de Jesucristo hasta dar la vida.

Doy gracias a Dios, nuestro Padre, por habernos dado a estos valerosos hermanos. Doy gracias al Espíritu Santo por haberles dado la fuerza y la coherencia para llegar a la confesión de Jesucristo hasta la sangre.

Doy gracias a los obispos, a los sacerdotes de la Iglesia hermana copta que les criaron, les enseñaron a crecer en la fe. Y doy gracias a las madres de esta gente, de estos veintinueve hombres

que los “amamantaron” en la fe: son las madres del pueblo santo de Dios que transmiten la fe “en dialecto”, un dialecto que va más allá de las lenguas, el dialecto de la pertenencia.

Me uno a todos vosotros, hermanos obispos, que estáis en esta conmemoración. A ti, gran y amado Tawadros, her-

Es aún más cierto que de su sencillez, de su fe sencilla pero coherente recibieron el mayor regalo que un cristiano puede recibir: el testimonio de Jesucristo hasta dar la vida

mano y amigo obispo. A ti, Justin Welby, que también quisiste venir a este encuentro. Y a todos los demás obispos y sacerdotes, pero sobre todo me uno al santo pueblo fiel de Dios que con su sencillez, con su coherencia e incoherencias, con sus gracias y pecados, lleva adelante la confesión de Jesucristo: Jesucristo es el Señor.

Os doy las gracias, veintinueve santos cristianos de todas las confesiones, por vuestro testimonio.

Y te doy las gracias, Señor Jesucristo, por estar tan cerca de tu pueblo, por no olvidarlo. Recemos juntos hoy en esta memoria de estos veintinueve mártires coptos: que intercedan por todos nosotros ante el Padre.

Amén.



El Pontífice al Catholic News Service

Al servicio de la verdad de forma justa, fiel e informada

Los trabajadores de la comunicación deben servir a la verdad de forma «justa, fiel e informada»: citando el lema, el Papa Francisco encomendó este mandato a una delegación del Catholic News Service de la Conferencia episcopal de Estados Unidos de América, recibida en audiencia el lunes por la mañana, 1 de febrero, con ocasión del centenario de su fundación. A continuación el texto del discurso entregado por el Pontífice.

Queridos amigos:

Me complace saludar a los representantes de tantos otros periodistas del *Catholic News Service*, con motivo del centenario de su institución. A lo largo de estos cien años, el *Catholic News Service* ha aportado una contribución inestimable al mundo de habla inglesa a través de la información sobre la misión de la Iglesia de anunciar el Evangelio y dar testimonio del amor de Dios revelado en Jesucristo. En una época en la que las noticias pueden ser fácilmente manipuladas y la desinformación está muy extendida (cf. *Mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales 2021*), vosotros tratáis de dar a conocer la verdad de una manera que sea, en palabras de vuestro lema, "justa, fiel e informada".

Os doy las gracias por vuestro trabajo y os animo a seguir promoviendo el diálogo y la comunicación justa entre personas y comunidades. Necesitamos medios de comunicación que ayuden a las personas, especialmente a los jóvenes, a distinguir el bien del mal, a elaborar juicios sólidos basados en una presentación clara e imparcial de los hechos, y a reconocer la importancia de trabajar por la justicia, la concordia social y el respeto a nuestra casa común.

Que el espíritu de comunión con el Obispo de Roma, que siempre ha caracterizado al *Catholic News Service*, siga guiando vuestro compromiso de servir a la verdad con humildad y responsabilidad. Os aseguro, al igual que a vuestros colegas mis oraciones; y os pido, por favor, que os acordéis de rezar por mí. Gracias.

Mensaje con ocasión del Día Internacional de las Legumbres

Unidos para poner fin al hambre

Una nueva invitación a estar unidos «para acabar, de una vez por todas, con el hambre» fue lanzada por el Papa Francisco en un mensaje —a firma del arzobispo Paul Richard Gallagher, secretario para las Relaciones con los Estados— con ocasión del Día Internacional de las Legumbres, que se celebró el 10 de febrero. El mensaje fue entregado por el observador permanente ante las Organizaciones y organismos de las Naciones Unidas para la alimentación y la agricultura, monseñor Fernando Chica Arellano, que tomó parte en un encuentro virtual —que se llevó a cabo el viernes 12— en el que intervinieron, entre otros, el director general de la FAO, Qu Dongyu. Publicamos, a continuación el texto original en español.

Señor Director General de la FAO, Distinguidas autoridades y Representantes diplomáticos, Señoras y señores: Celebro la oportunidad de participar en este evento que conmemora un nuevo aniversario del Día Internacional de las Legumbres. Con esta iniciativa se quiere resaltar también el papel trascendental de las mujeres rurales en la producción y distribución de alimentos a través de mecanismos cooperativos que, básicamente, encuentran su razón y fuerza en el amor al prójimo y el trabajo mancomunado. Las legumbres son un alimento noble con enorme potencial para reforzar la seguridad alimentaria a nivel mundial. Carecen de soberbia y no reflejan lujo, al tiempo que constituyen un componente esencial de las dietas saludables. Se trata de alimentos simples y nutritivos que superan barreras geográficas, pertenencias sociales y culturas. Lentejas, porotos, arvejas o garbanzos se pueden encontrar en las mesas de muchas familias, ya que logran satisfacer variadas necesidades proteicas en nuestras dietas diarias. Me gustaría recordar que la palabra legumbres proviene del vocablo latino "legumen" y hace referencia a los frutos o vainas, que se cosechan no segando sino arrancando a mano las

plantas. Ello naturalmente evoca esas manos curtidas por su contacto con la tierra y los climas difíciles, en horarios incómodos, que los trabajadores rurales, en particular las mujeres, han llevado adelante y aún lo siguen haciendo.

Por desgracia, y las estadísticas así lo señalan, hay todavía muchas personas, entre las que no podemos olvidar los niños, que no pueden acceder a los recursos más básicos y carecen de alimentos sanos y suficientes. El hambre no deja de fustigar con su mortal flagelo muchas regiones de la tierra, situación que ha venido a exacerbarse por la crisis sanitaria que estamos padeciendo. En estos momentos se ve como urgente la tarea de cultivar la tierra sin dañarla, de modo que podamos compartir sus frutos pensando no solo en nosotros mismos, sino también en las generaciones que nos sucederán.

Concretamente, las mujeres rurales y las mujeres indígenas tienen mucho que enseñarnos acerca de cómo el esfuerzo y el sacrificio nos permiten construir, junto al otro y no gracias al otro, tejidos que aseguren el acceso a los alimentos, la equitativa distribución de los bienes y la posibilidad de que todo ser humano realice sus aspiraciones.

Consumir dietas saludables debería ser un derecho universal. Por lo tanto, el papel de los Estados para que ello sea posible es fundamental y para alentar políticas de educación pública que promuevan la incorporación de alimentos nutritivos conforme a cada realidad en particular, y donde seguramente las legumbres deberán ser parte de esas dietas con otros alimentos que las complementen.

Caminemos juntos con esperanza. Imitemos los actos bellos y buenos de aquellas mujeres rurales que no renuncian a su misión de alimentar a sus hijos y a los hijos de las otras familias. Valoremos el compromiso de sentirnos parte de la casa común donde debe haber lugar para todos, sin descartar a nadie. Alimentemos a todos y de manera sana, para que todos tengan

En estos momentos se ve como urgente la tarea de cultivar la tierra sin dañarla, de modo que podamos compartir sus frutos pensando no solo en nosotros mismos, sino también en las generaciones que nos sucederán

las mismas oportunidades y podamos construir un mundo inclusivo y justo. El escritor argentino Jorge Luis Borges, una vez dijo que "todo hombre debe pensar que [...] todo lo que le pasa, incluso las humillaciones, los bochornos, las desventuras, todo eso le ha sido dado como arcilla, como material para su arte; tiene que aprovecharlo [...] Esas cosas nos fueron dadas para que las transmutemos, para que hagamos de la miserable circunstancia de nuestra vida, cosas eternas o que aspiren a serlo" («La ceguera», en *Siete noches*, tomado de: *Obras Completas III*. 1975-1985, Buenos Aires, EMECÉ, 1997, pág. 285). Pues bien, les invito a que desarrollemos nuestro arte, seamos vigorosos y resilientes como las legumbres y nos unamos para acabar, de una vez por todas, con el hambre.

PAUL R. GALLAGHER

Secretario para las Relaciones con los Estados

En la misa del Miércoles de Ceniza el Papa reclama el sentido de la Cuaresma

Un viaje de regreso a Dios

VIENE DE LA PÁGINA 1

hacer y tendremos excusas para dar, pero, hermanos y hermanas, hoy es el tiempo de regresar a Dios.

Vuélvase a mí, dice, con todo el corazón. La cuaresma es un viaje que implica toda nuestra vida, todo lo que somos. Es el tiempo para verificar las sendas que estamos recorriendo, para volver a encontrar el camino de regreso a casa, para redescubrir el vínculo fundamental con Dios, del que depende todo. La cuaresma no es hacer un ramillete espiritual, es discernir hacia dónde está orientado el corazón. Este es el centro de la cuaresma: ¿Hacia dónde está orientado mi corazón? Preguntémonos: ¿Hacia dónde me lleva el navegador de mi vida, hacia Dios o hacia mi yo? ¿Vivo para agradar al Señor, o para ser visto, alabado, preferido, puesto en el primer lugar y así sucesivamente? ¿Tengo un corazón "bailarán", que da un paso hacia adelante y uno hacia atrás, ama un poco al Señor y un poco al mundo, o un corazón firme en Dios? ¿Me siento a gusto con mis hipocresías, o lucho por liberar el corazón de la doblez y la falsedad que lo encadenan?

El viaje de la cuaresma es un éxodo, es un éxodo de la esclavitud a la libertad. Son cuarenta días que recuerdan los cuarenta años en los que el pueblo de Dios viajó en el desierto para regresar a su tierra de origen. Pero, ¡qué difícil es dejar Egipto! Fue más difícil dejar el Egipto que estaba en el corazón del pueblo de Dios, ese Egipto que se llevaron siempre dentro, que dejar la tierra de Egipto... Es muy difícil dejar el Egipto. Siempre, durante el camino, estaba la tentación de añorar las cebollas, de volver atrás, de atarse a los recuerdos del pasado, a algún ídolo. También para nosotros es así:

el viaje de regreso a Dios se dificulta por nuestros apegos malsanos, se frena por los lazos seductores de los vicios, de las falsas seguridades del dinero y del aparentar, del lamento victimista que paraliza. Para caminar es necesario desenmascarar estas ilusiones. Pero nos preguntamos: ¿cómo proceder entonces en el camino hacia Dios? Nos ayudan los viajes de regreso que nos relata la Palabra de Dios.

Miramos al hijo pródigo y comprendemos que también para nosotros es tiempo de volver al Padre. Como ese hijo, también nosotros hemos olvidado el perfume de casa, hemos despilfarrado bienes preciosos por cosas insignificantes y nos hemos quedado con las manos vacías y el corazón infeliz. Hemos caído: somos hijos que caen continuamente, somos como niños pequeños que intentan caminar y caen al suelo, y siempre necesitan que su papá los vuelva a levantar. Es el perdón del Padre que vuelve a ponernos en pie: el perdón de Dios, la confesión, es el primer paso de nuestro viaje de regreso. He dicho la confesión, por favor, los confesores, sean como el padre, no con el látigo, sino con el abrazo.

Después necesitamos volver a Jesús, hacer como aquel leproso sanado que volvió a agradecerle. Diez fueron curados, pero sólo él fue también salvado, porque volvió a Jesús (cf. Lc 17,12-19). Todos, todos tenemos enfermedades espirituales, solos no podemos curarlas; todos tenemos vicios arraigados, solos no podemos extirparlos; todos tenemos miedos que nos paralizan, solos no podemos vencerlos. Necesitamos imitar a aquel leproso, que volvió a Jesús y se postró a sus pies. Necesitamos la curación de Jesús, es necesario presentarle nuestras heridas y decirle: "Jesús, estoy aquí

ante Ti, con mi pecado, con mis miserias. Tú eres el médico, Tú puedes liberarme. Sana mi corazón".

Además, la Palabra de Dios nos pide que volvamos al Padre, nos pide que volvamos a Jesús, y estamos llamados a volver al Espíritu Santo. La ceniza sobre la cabeza nos recuerda que somos polvo y al polvo volveremos. Pero sobre este polvo nuestro Dios ha infundido su Espíritu de vida. Entonces, no podemos vivir persiguiendo el polvo, detrás de cosas que hoy están y mañana desaparecen. Volvamos al Espíritu, Dador de vida, volvemos al Fuego que hace resurgir nuestras cenizas, a ese Fuego que nos enseña a amar. Seremos siempre polvo, pero, como dice un himno litúrgico, polvo enamorado. Volvamos a rezar al Espíritu Santo, redescubramos el fuego de la alabanza, que hace arder las cenizas del lamento y la resignación.

Hermanos y hermanas: Nuestro viaje de regreso a Dios es posible sólo porque antes se produjo su viaje de ida hacia nosotros. De otro modo no habría sido posible. Antes que nosotros fuéramos hacia Él, Él descendió hacia nosotros. Nos ha precedido, ha venido a nuestro encuentro. Por nosotros descendió más abajo de cuanto podíamos imaginar: se hizo pecado, se hizo muerte. Es cuanto nos ha recordado san Pablo: «A quien no cometió pecado, Dios lo asemejó al pecado por nosotros» (2 Co 5,21). Para no dejarnos solos y acompañarnos en el camino descendió hasta nuestro pecado y nuestra muerte, ha tocado el pecado, ha tocado nuestra muerte. Nuestro viaje, entonces, consiste en dejarnos tomar de la mano. El Padre que nos llama a volver es Aquel que sale de casa para venir a buscarnos; el Señor que nos cura es Aquel que se dejó herir en la

cruz; el Espíritu que nos hace cambiar de vida es Aquel que sopla con fuerza y dulzura sobre nuestro barro.

He aquí, entonces, la súplica del Apóstol: «Déjense reconciliar con Dios» (v. 20). Déjense reconciliar: el camino no se basa en nuestras fuerzas; nadie puede reconciliarse con Dios por sus propias fuerzas, no se puede. La conversión del corazón, con los gestos y las obras que la expresan, sólo es posible si parte del primado de la acción de Dios. Lo que nos hace volver a Él no es presumir de nuestras capacidades y nuestros méritos, sino acoger su gracia. Nos salva la gracia, la salvación es pura gracia, pura gratuidad. Jesús nos lo ha dicho claramente en el Evangelio: lo que nos hace justos no es la justicia que practicamos ante los hombres, sino la relación sincera con el Padre. El comienzo del regreso a Dios es reconocernos necesitados de Él, necesitados de su gracia. Este es el camino justo, el camino de la humildad. ¿Yo me siento necesitado o me siento autosuficiente?

Hoy bajamos la cabeza para recibir las cenizas. Cuando acabe la cuaresma nos inclinaremos aún más para lavar los pies de los hermanos. La cuaresma es un abajamiento humilde en nuestro interior y hacia los demás. Es entender que la salvación no es una escalada hacia la gloria, sino un abajamiento por amor. Es hacerse pequeños. En este camino, para no perder la dirección, pongámonos ante la cruz de Jesús: es la cá-



tedra silenciosa de Dios. Miremos cada día sus llagas, las llagas que Él ha llevado al Cielo y muestra al Padre todos los días en su oración de intercesión. Miremos cada día sus llagas. En esos agujeros reconocemos nuestro vacío, nuestras faltas, las heridas del pecado, los golpes que nos han hecho daño. Sin embargo, precisamente allí vemos que Dios no nos señala con el dedo, sino que abre los brazos de par en par. Sus llagas están abiertas por nosotros y en esas heridas hemos sido sanados (cf. 1 P 2,24; Is 53,5). Besémoslas y entenderemos que justamente ahí, en los vacíos más dolorosos de la vida, Dios nos espera con su misericordia infinita. Porque allí, donde somos más vulnerables, donde más nos avergonzamos, Él viene a nuestro encuentro. Y ahora que ha venido a nuestro encuentro, nos invita a regresar a Él, para volver a encontrar la alegría de ser amados.